ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

H. P. Blavatsky y los Maestros de la Sabiduría.

V

Míster Sinnett destruye ese gran descubrimiento en una indignadisíma protesta contra la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, por haber publicado, «con toda la autoridad que puede conferirla el procedimiento, una vana y monstruosa invención sobre Mad. Blavatsky, lanzada por Mr. Hodgson á la conclusión de su Memoria, para robustecer la dudosa evidencia en que descansa su hipótesis. Es evidente que hay muchas prevenciones contra la imputación de impostura y de engaño hacia una persona que, ante todo el mundo, ha consagrado su vida á una idea filantrópica, sacrificando de un modo manifiesto todas las consideraciones que suministran por lo general los móviles de la acción humana. Mr. Hodgson comprende perfectamente la necesidad de no atribuir á Mad. Blavatsky un motivo tan degradado como el que le hicieron creer los esposos Coulomb, de que era culpable, y triunfa de semejante dificultad imaginando que pudiera ser aquélla un agente político de Rusia, trabajando en la India para fomentar una insurrección contra el dominio británico. Poco le importa á Mr. Hodgson que ella haya hecho notoriamente todo lo contrario; que ella haya asegurado á los indígenas, de palabra y por escrito, en reuniones públicas y en cartas que pueden mostrarse, que á pesar de todos los defectos, el Gobier-

no inglés es, sin embargo, el que mejor se comporta en la India, y que en muchos respectos, desde el punto de vista de uno que habla con conocimiento de causa, haya dicho que el Gobierno ruso sería infinitamente peor. Poco importa á Mr. Hodgson que su vida se haya hecho *coram populo*, aun arrostrando el ridículo, desde el día que llegó á la India; que todas sus energías y todo su trabajo se hayan consagrado á la causa teosófica; que el Gobierno de la India, después de examinar la cuestión con detenimiento auxiliado por su policía, cuando visitó el país por primera vez, resolviera en seguida el enigma, abandonando los motivos de sospecha. Mr. Hodgson se preocupa muy poco de la risa que provocará su absurda hipótesis entre los que han conocido á Mad. Blavatsky. Se procuró por su guía y consejero, madame Coulomb, un trozo de escritura de Mad. Blavatsky, recogido al parecer hace muchos años y conservado precisamente para utilizarlo más adelante; un fragmento que trata de política rusa y que forma parte de un argumento indicador del avance de Rusia en el Asia central. Eso bastó al investigador psíquico, y el texto de semejante documento aparece en su Memoria para robustecer su escandalosa insinuación contra la integridad de Mad. Blavatsky.

»La explicación de ese papel es muy sencilla: evidentemente es un fragmento en borrador de una gran traducción de viajes al Asia central, ú otro título que llevase la serie del Coronel Grodekoff, que Mad. Blavatsky hizo á petición mía para el *Pioneer*, órgano del Gobierno indio, que yo dirigía entonces. No retrasaré la publicación de estas páginas para escribir á la India y procurarme la fechas en que aparecieron en el *Pioneer* la serie de artículos de Grodekoff. Duraron algunas semanas, y deberían publicarse en los últimos años del último decenio, hacia 1880. Escribiendo á los impresores del *Pioneer*, podría Míster Hodgson procurase, si el manuscrito de esa tradición se conserva, muchos cientos de páginas escritos por Mad. Blavatsky, llenos de la más ardiente anglofobia. Es más que probable que el fragmento cogido, del que está tan orgulloso, sea una página desechada de esa traducción, á menos que no se haya caído, lo que sería más divertido, de otras traducciones rusas que Mad. Blavatsky, lo sé perfectamente, hizo para el Ministerio de Negocios Extranjeros de la India durante una de sus visitas á Simla, donde trabó conocimiento con algunos empleados de esa

administración, y desempeñó algunos trabajos en sus servicios.

»Me atrevo á creer que si él no hubiera sabido que Mad. Blavatsky carecía de dinero para exigir una reparación ante los costosos tribunales de justicia inglesa, si no hubiera estado hundida hasta el cuello en ese olor de misterio psíquico tan desagradable á los tribunales de justicia inglesa, el comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no hubiera juzgado oportuno acusarla en un documento público de una conducta infame que, aunque la hubiera observado, la convertía en enemigo público en su país de adopción, y en objeto de desprecio ante las gentes honradas, y eso por la loca sugestión de un investigador particular que, habiendo inútilmente buscado una explicación para ciertas conclusiones que sin concatonación de circunstancias pedantescas no podían ofrecer verosimilitud» (1).

Era positivamente una parte de la traducción de los viajes de Grodekoff lo que Mr. Hodgson había recibido de Mad. Coulomb. Tal es el solo móvil que Mr. Hodgson pudo descubrir para los fraudes de que la acusa, y que es fácil comenzase en América el 1874. Si esa Memoria debe sobrevivir, gracias á su conexión con la noble mujer á quien calumnia, seguramente en los siglos futuros la acusación de Mr. Hodgson les producirá una risa inextinguible, y las gentes se admirarán de la locura de aquéllos que han concedido algún crédito á ese joven. La Memoria de Mr. Hodgson fué presentada á su comité compuesto de M. M. E. Gurney, F. W. H. Myers, F. Podmore, H. Sidgwick y J. H. Stack, y esos señores, el 24 de Junio de 1885, dijeron que aprobaban las conclusiones de la misma. La Memoria fué publicada en el número de Diciembre de los *Anales de la Sociedad.* Míster Sinnett comenta con fuerza, pero no lo bastante, la profunda injusticia de la acción del comité; y en verdad es difícil comprender (la historia, sin embargo, ¿no está llena de injusticias semejantes contra los que se adelantan á su época?) cómo personas como las que acaban de nombrarse han podido prestarse ellas mismas, y dejar arrastrar á su Sociedad á un acto tan injusto y cruel como la publicación de esa infame Memoria.

«Yo considero—dice Mr. Sinnett—á los miembros del comité de la Sociedad de Investigaciones, es decir, á los Sres. E. Gurney, F. W. H. Myers, F. Podmore, H. Sidgwick y J. H. Stack, muy censurables por haberse atrevido á pronunciar un fallo sólo

(1) *The Occult World Phenomena*, págs. 7, 8 y 12.

por la luz de sus reflexiones personales sobre la grosera y engañosa Memoria que les ha suministrado Mr. Hodgson, y que este último no lo es tanto por su piadoso desprecio sobre los problemas que desde el comienzo no podía meramente abordar. Les hubiera sido muy fácil escoger á varias personas de Londres, calificadas por una gran experiencia en el movimiento teosófico, y pedirles una contra-memoria *prima facie* sobre el ataque hecho contra la autenticidad de los fenómenos, antes de pronunciar sobre el conjunto de la acusación un juicio formal destinado á publicarse. Todos hemos oído hablar de causas en que los jueces han encontrado completamente inútil citar á defensa; pero eso ocurre por lo general en los casos en que los jueces han acordado que no había lugar al procedimiento. El comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas nos ofrece probablemente un ejemplo, sin precedente en los anales judiciales, al rehusar oir la defensa, so pretexto de que la información había sido convincente. Sus miembros incubaron en secreto la Memoria de su enviado, no consultaron á nadie que pudiera abrirles los ojos sobre el defectuoso método de trabajo seguido por Mr. Hodgson, y para rematar la Investigación muy independientemente, denunciaron como una de las mayores impostoras de la historia á una dama tenida en la más alta estima por un considerable número de personas, incluso antiguos amigos y deudos de un carácter sin tacha, que habían positivamente abandonado su posición y sus comodidades por muchos años de lucha al servicio de la causa teosófica en medio de privaciones y de injurias» (1). Míster Sinnett habla con desdén en lo que respecta al ataque contra él que le hace la Memoria, de «ese catálogo lleno de menudas conjeturas que Mr. Hodgson ha reunido en su Memoria, abusando de la hospitalidad que le ofreció el Cuartel general de la Sociedad Teósofica, en Adyar, haciendo sospechar á los cándidos representantes del movimiento en Madras que abriendo á su inspección sus corazones y sus anales, daríanle un acceso más libre á sus habitaciones y á sus periódicos, persuadiéndole mejor de la sencilla lealtad de sus vidas, y harían que rechazase la idea, como inverosímil, de que sufrían la miseria y el sacrificio sin otro objeto que propagar una vana ilusión y engañar cruelmente á sus mejores amigos» (2).

(1) *The Occult World Phenomena*, págs. 7, 8 y 12.
(2) Ibid.

Es inútil decir que la publicación de los *Anales de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas* levantó una terrible tempestad: por un tiempo pareció que la Sociedad Teosófica iba á perecer. No sólo el gran público, siempre dispuesto á creer lo malo, acogió con satisfacción la idea de que las maravillas superfísicas eran fraudulentas, sino que muchos miembros se separaron de la Sociedad. Mad. Blavatsky escribía: «Nuestros miembros, influidos por Hodgson y Hume, comienzan á perder ó han perdido confianza en los fundadores. Las faltas que han cometido—dicen—prueban que no estamos protegidos por los Mahatmas. ¿No es eso? Y se señala como principal falta de ella el haber recibido y sostenido á los Coulomb durante cinco años. ¿Cómo, preguntan, han podido permitir los Mahatmas eso, sabiendo quiénes eran semejantes malvados, y previendo las cosas como las preven? Tanto valdría acusar á los primeros cristianos por creer en el Cristo y en sus fenómenos, cuando tuvo á Judas tres años entre sus discípulos, para ser traicionado por él, y gracias á él crucificado.» «Alimenta, ha dicho Buddha, aun á la serpiente hambrienta, sin temor á su mordedura. Ayuda á los espíritus hambrientos *(pisachas)*; no rehuses hospitalidad al que no tenga casa, ni des de comer al que tiene hambre, por miedo á que no te lo agradezca y te robe ó te mate.» He ahí la política de los Mahatmas. El Karma de los Coulomb les pertenece á ellos, como el nuestro á nosotros. Estoy pronta á empezar de nuevo. Hay períodos de prueba para las Sociedades como para sus individuos. Si estos últimos desprecian á los Mahatmas y á su política, su falta es de ellos, pero no nuestra. Los Maestros no intervienen en el Karma.»

De todas las acusaciones lanzadas contra ella, la que más profundamente le hirió en lo más íntimo y en su dignidad fué la perversa alegación de Mr. Hodgson, de que era una espía rusa; y dijo que si no se le permitía procesarle por difamación, no volvería á la India, y en efecto, no volvió. Mr. Sinnett, que estuvo valientemente á su lado desde el principio de la tempestad, reprodujo una protesta de su pluma en su obra *The Occult World Phenomena*. Hela aquí:

PROTESTA DE MAD. BLAVATSKY

La Sociedad de Investigaciones Psíquicas ha publicado la Memoria hecha para uno de sus comités por Mr. Hodgson, el

agente enviado á la India para investigar la naturaleza de algunos fenómenos efectuados en el Cuartel general de la Sociedad Teosófica en la India, en la producción de los cuales he sido directa ó indirectamente mezclada. Semejante Memoria me atribuye el conspirar con los Coulomb y muchos hindos para imponerles la credulidad de diversas personas de mi círculo, por medios fraudulentos, y declara auténtica una serie de cartas que se dicen escritas por mí á Mad. Coulomb, á proposito de esa pretendida conspiración; esas cartas yo las he declarado en gran parte falsas. Cosa rara; desde el momento en que la investigación comenzó ha catorce años, hasta el presente, de que se me ha declarado culpable por los que se han constituído en mis jueces, no se me ha permitido ver esas cartas aplastantes. Llamo la atención sobre este hecho de todo inglés imparcial y honrado. Sin detenerme ahora en un minucioso examen de los errores, inconsecuencias y tergiversaciones de esa Memoria, quiero dar la mayor publicidad posible á mi enérgica é indignada protesta contra las groseras salpicaduras con que he sido manchada por el comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas á instigación del único inquisidor incompetente y desleal, cuyas conclusiones ha aceptado. En la presente Memoria no hay una acusación contra mí que pueda sostener una investigación imparcial sobre el terreno, donde mis propias explicaciones podrían comprobarse por el examen de testigos. Todas se han desarrollado únicamente en la mente de Mr. Hodgson, ocultándose á mis amigos y colegas mientras ha estado en Madras, abusando de la hospitalidad y del auxilio que se le dispensó sin reserva para sus investigaciones en el Cuartel general de Adyar, donde tomó la actitud de un amigo, aunque ahora ofrezca como embusteras y engañadoras á las gentes con las que ha estado en relación. Las acusaciones presentadas mantiénense de un lado solamente por las pruebas reunidas por él, y cuando el tiempo pasó en que pudo confrontarlas con las contrarias y con los argumentos que no podía suministrarle el limitado conocimiento del asunto que ha tratado de atacar, Mr. Hodgson se ha constituído sobre todo en acusador y fiscal, y estando dispensado de la defensa en las transacciones confiscadas que examina, me encuentra culpable de todos los hechos que me ha imputado como juez, y declara que mi archimpostura es un hecho.

El comité de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no ha

dudado en aceptar en substancia el juicio general pronunciado por Mr. Hodgson, y me ha insultado públicamente al dar su opinión favorable á las conclusiones de su agente, opinión que descansa sólo en la Memoria de su único enviado.

En todas partes donde pueden comprenderse los principios de caballerosidad y el generoso celo por la reputación de personas difamadas, creo que la conducta del comité se mirará con un sentimiento muy parecido á la profunda indignación que siento. No dudo que en un momento dado otros escritores descubrirán la indagación elaborada pero mal dirigida de Míster Hodgson, su precisión afectada que derrocha una paciencia infinita en las nonadas y cierra los ojos á los hechos importantes, sus contradicciones y su incapacidad manifiesta para tratar de problemas como el que ha intentado resolver. Muchos amigos que me conocen mejor que el comité de Investigaciones de la Sociedad Psíquica permanecerán indiferentes á las opiniones de esa compañía, y debo abandonar en sus manos mi maltratada reputación; pero hay un pasaje en esa monstruosa Memoria al que debo, por lo menos, responder por propia cuenta.

Comprendiendo muy bien el evidente absurdo de sus conclusiones sobre mí, tanto que no justifican ningún motivo que explique teóricamente la consagración de mi vida á mi obra teosófica al precio de la situación que me aseguraba la naturaleza en la Sociedad de mi país, Mr. Hodgson ha tenido la villanía de verter la suposición de que soy un agente político de Rusia, que he inventado un falso movimiento religioso para minar el Gobierno inglés en la India. Para justificar esa hipótesis sírvese de un antiguo fragmento de mi escritura, aparentemente suministrado por Mad. Coulomb, en el que no ha sabido reconocer lo que es: un párrafo de una traducción que hice para el *Pioneer* de unos viajes rusos al Asia central. Mr. Hodgson ha lanzado contra mí esa teoría en su Memoria, que los señores de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas no se han avergonzado de publicar. Hace cerca de ocho años que me naturalicé ciudadana de los Estados Unidos, lo que me hizo perder todo derecho á mi pensión anual de 5.000 rublos como viuda de un elevado funcionario ruso; he levantado constantemente la voz en la India para decir á mis amigos indígenas que, si malo me parece el Gobierno inglés en ciertas cosas por su falta de simpatía, el Gobierno ruso sería mil veces peor; he escrito en ese sentido á los amigos

hindos antes de dejar la América en 1879; quien esté al corriente de mi objeto, de mis costumbres, de la vida poco rara que he llevado en la India, sabe que no he tenido gusto ni inclinación por ninguna clase de política, porque todas me son antipáticas profundamente; el Gobierno de la India, que á mi llegada al país sospechaba en mí un espía porque era rusa, no tardó en abandonar su inútil espionaje, y no tuvo después, que yo sepa, el menor motivo para sospecharlo; en presencia de semejantes hechos la teoría del espionaje que Mr. Hodgson ha resucitado del sepulcro donde estaba enterrada hacía tiempo por el ridículo, no servirá sino para ofrecer sus conclusiones sobre mí más extravagantes y estúpidas que le hubieran sido sin eso, en la estima de mis amigos y de cuantos me conocen de veras. Pero viendo ese carácter de espía con el disgusto que puede sentir sólo un ruso *que no lo es*, siento un impulso irresistible de repudiar la vana é infame calumnia de Mr. Hodgson con un desprecio más concentrado aún que el que me parece merecer su manera de proceder, y el que merece igualmente el comité de la Sociedad á que sirve. Al adoptar sus absurdos en conjunto, ese grupo evidencia que está compuesto de personas poco aptas para explorar los misterios de los fenómenos psíquicos que no hubiera creído pudieran encontrarse entre las personas cultas de Inglaterra, en la actualidad, según todo lo que se ha escrito y publicado sobre el asunto en estos últimos años.

Mr. Hodgson sabe bien, y sin duda el comité participa de esa convicción, que está al abrigo de una querella por difamación, porque no tengo dinero para emprender un pleito costoso, habiendo dado todo lo que tenía á la causa que sirvo, y también porque mi reclamación entrañaría el examen de misterios psíquicos de que no puede ocuparse lealmente un tribunal de justicia, y además porque hay cuestiones á las que me he comprometido solemnemente á no responder; si una indagación legal sobre esas calumnias sacase inevitablemente esas cuestiones á la superficie, mi silencio y mi negativa á responder sobre ella se interpretarían como *desprecio al tribunal*. Este estado de cosas explica el desvergonzado ataque contra una mujer sin defensa, y la inacción á la que estoy tan cruelmente redudida en presencia del mismo.—H. P. BLAVATSKY.—14 de Enero de 1886.»

Hay una política que ella no quiso tolerar jamás en lo que concierne á los Maestros, á los fenómenos efectuados por su me-

diación y á las comunicaciones procedentes de ellos: es la que consiste en tratar de separar lo oculto de la filosofía, en esquivar la crítica y la hostilidad de un mundo ignorante exaltando la filosofía á expensas de lo oculto. Obrar así, ha declarado ella repetidas veces, era ir á la destrucción de la Sociedad. Tenía una triste conciencia de la deslealtad con que había sido tratada, y de la manera cómo muchos teósofos consentían en sacrificarle á la multitud, aprovechándose de sus enseñanzas y declarando que la Sociedad Teosófica tenía fundamentos propios y podía continuar existiendo aunque á ella se la considerase como un impostor. Para protestar contra eso escribió desde Suiza á Adyar, que estaba pronta á sacrificar su vida y su honor por amor á la Sociedad; era la muerte para ésta si se abandonaban como imposturas las manifestaciones de los Maestros y sus comunicaciones; ella citaba aprobándoles «á los que sostienen que la Sociedad Teosófica menos los Maestros es un absurdo; y que siendo el único medio para comunicarse con los Maestros y extender su filosofía, si yo no continúo trabajando para la Sociedad, la Sociedad morirá». Constantemente afirmó que la Sociedad no era digna de vivir, sino siendo garante y como un canal de la enseñanza de los Maestros, y ella no se tomaba cuidado sino para hacerla un adecuado instrumento para cumplir su obra en el mundo.

Lo que fué H. P. Blavatsky, quizá lo sepa el mundo algún día: era de estatura heróica, y las almas más pequeñas sentían instintivamente su fuerza y su naturaleza de titán. Sin cuidarse de las preocupaciones y de las apariencias, franca hasta parecer imprudente, eso que la generalidad estima como prudencia, demasiado honrada para fijarse en las debilidades ajenas, exponíase continuamente á la crítica y á la no comprensión. Llena de fuerza intelectual y conocimientos extraordinarios, era humilde como un niño. Valiente hasta la intrepidez, estaba llena de piedad y de ternura. Indignábase con pasión cuando se la acusaba de faltas que menospreciaba y tenía una gran generosidad y un perdón para concederlo en seguida hacia el enemigo arrepentido. Tuvo cien virtudes espléndidas y algunos defectillos. Quizás el Maestro, á quien sirvió con un brío inquebrantable, con una devoción sin decaimiento, nos envíe de nuevo al Hermano que conocéis con el nombre de H. P. B., y nosotros, bajo otro.

Annie BESANT

EL ÉTER DEL ESPACIO

(Traducido expresamente para SOPHIA por D. José Melián.)

(Conclusión).

El Koilon en el que se forman estas burbujas representa indudablemente una parte, y quizá la principal de lo que la Ciencia describe como éter luminoso. Que sea realmente el portador de las vibraciones de la luz y el calor á través de los espacios interplanetarios, es lo que no está determinado aún. Es positivo que estas vibraciones son perceptibles á nuestros sentidos corporales, sobre los cuales chocan, sólo por medio de la materia etérea del plano físico. Pero esto no prueba en modo alguno que sean transmitidas á través del espacio de la misma manera, pues sabemos muy poco acerca de la extensión que abarca la materia etérea física en el espacio interplanetario é interestelar, aunque el examen de la materia meteórica y del polvo cósmico demuestra que, por lo menos, alguna existe allí.

La teoría científica es que el éter tiene alguna cualidad que le permite transmitir con cierta velocidad definida ondas transversales de todas longitudes é intensidades, siendo esta velocidad lo que generalmente se llama la velocidad de la luz ó sea 190.000 millas por segundo. Es muy probable que suceda lo mismo con el Koilon, y si es así, debe ser también capaz de comunicar esas ondas á las burbujas ó agregaciones de burbujas, y antes de que la luz llegue hasta nuestros ojos, debe haber una transmisión de arriba abajo, de plano en plano, semejante al que tiene lugar cuando un pensamiento causa una emoción ú origina un acto.

En un folleto reciente sobre *The Density of Æter* (La Densidad del Éter), Sir Oliver Lodge observa: «precisamente porque la razón de la masa al volumen es pequeña en el caso de un sistema solar, de una nebulosa ó de una tela de araña, por ello he sido inducido á pensar que la observada densidad mecánica de la materia es probablemente una fracción excesivamente pequeña

de la densidad total de la substancia ó éter, contenido en el espacio que ocupa así parcialmente, cuya substancia se supone hipotéticamente que es compuesta.

Así, por ejemplo, considérese una masa de platino y supóngase que sus átomos están compuestos de electrodos ó de algunos elementos no muy desemejantes: el espacio que estos cuerpos ocupan realmente, comparado con la totalidad del espacio que en un sentido «ocupan», es comparativamente una diez millonésima parte del total aun dentro de cada átomo; y la fracción es todavía más pequeña si se refiere á la masa visible. Así, pues, dada esta base, el cálculo mínimo de la densidad del éter tendría que ser aproximadamente diez mil millones de veces la del platino». Y más adelante añade que esta densidad puede muy bien resultar que sea cincuenta mil millones de veces la del platino. «La materia más densa conocida—dice—es trivial y semejante á pelusilla, comparada con el éter inmodificado en el mismo espacio.»

Por increíble que esto parezca á nuestras ideas ordinarias, es indudablemente un cálculo bajo más bien que exagerado de la proporción verdadera observada en el caso del Koilon. Podemos imaginar cómo esto puede ser si recordamos que el Koilon aparece como absolutamente homogéneo y sólido hasta cuando se le examina con un poder de magnificación que hace aparecer al átomo físico del tamaño y á manera de chozas esparcidas en un solitario pantano, y cuando además añadimos á esto lo antes dicho de que las burbujas de que se componen á su vez estos átomos, son en sí mismas lo que apropiadamente podrían llamarse fracmentos de la nada.

En el mismo folleto, Sir Oliver Lodge hace un cálculo sorprendente de la energía intrínseca del éter; dice: «La expresión total de una instalación de un millón de kilowats de fuerza por treinta millones de años existe permanentemente, y por ahora inaccesible en cada milímetro cúbico de espacio.» Aquí también ha calculado por lo bajo más bien que ha exagerado la estupenda verdad.

Puede ahora preguntarse, si todo esto es así, cómo es posible que nos podamos mover libremente dentro de un sólido diez mil millones de veces más denso que el platino, según dice Sir Oliver Lodge. La contestación evidente es que cuando quiera que las densidades difieren suficientemente, pueden moverse al tra-

vés una de otra con perfecta libertad; el agua ó el aire pueden pasar por la tela; el aire puede pasar á través del agua; una forma astral pasa inconscientemente por medio de una pared física ó á través de un cuerpo humano; muchos de nosotros hemos visto una forma astral pasar á través de una física, sin que ninguna de las dos se dé cuenta de ello; lo mismo es decir que un fantasma atravesó una pared, ó que una pared atravesó un fantasma. Un gnomo pasa libremente al través de una roca, y anda por medio de la tierra, tan cómodamente como nosotros andamos á través de la atmósfera. Una contestación más profunda es la de que la conciencia sólo puede reconocer á la conciencia, que desde el momento en que somos de la misma naturaleza que el LOGOS, sólo podemos sentir aquellas cosas que son también de su naturaleza. Estas burbujas son de Su esencia, Su vida, y por tanto, nosotros, que somos también una parte de Él, podemos ver la materia que está hecha de Su substancia, porque todas las formas son manifestaciones de Él. El Koilon es para nosotros no manifestación, porque no hemos desarrollado poderes que nos permitan percibirlo, y puede ser la manifestación de un LOGOS, de un orden más elevado y por completo fuera de nuestro conocimiento.

Como ninguno de nuestros investigadores puede elevar su conciencia al plano más elevado de nuestro universo, ó sea el plano Adi-tattva, es de interés exponer cómo les es posible ver lo que puede muy bien ser el átomo de ese plano. Para comprender esto es esencial recordar que el poder de magnificación que permite llevar á efecto estos experimentos, es enteramente aparte de la facultad de funcionar en uno ú otro de los planos. Esto último es el resultado de un desarrollo lento y gradual del Yo, al paso que el primero es meramente el desarrollo especial de uno de los muchos poderes latentes en el hombre. Todos los planos están alrededor nuestro, aquí lo mismo que en cualquier otro punto del espacio, y si un hombre aguza su visión hasta percibir el átomo más pequeño, puede hacer su estudio, aun cuando se halle todavía lejos del nivel necesario que le permita comprender y funcionar en los planos superiores, y ponerse en contacto con las gloriosas Inteligencias que construyen con sus átomos vehículos para Sí mismos.

Puede considerarse una Analogía parcial de este caso la situación de un astrónomo respecto del universo estelar, ó diga-

mos la Vía Láctea. Puede observar sus partes constitutivas y aprender bastante acerca de ellas en varios conceptos, pero le es absolutamente imposible verlo como un todo desde fuera ni formar una idea cierta de su verdadera forma y saber lo que realmente es. Supongamos que el universo es, como muchos antiguos creyeron, algún Ser inconceviblemente vasto; es, pues, para nosotros por completo imposible, aquí, en medio de él, saber lo que ese Ser es ó lo que hace, porque eso significaría elevarnos á una altura comparable á la suya; pero si podemos examinar extensa y detalladamente aquellas partículas de su cuerpo que se hallen á nuestro alcance, porque eso significaría tan sólo el uso paciente de poderes y de aparatos de que disponemos.

No se crea que por exponer un poco más las maravillas de la Verdad Divina llevando nuestras investigaciones al límite más lejano que actualmente nos es posible, modificamos con ello en modo alguno lo que hemos escrito en tratados teosóficos acerca de la forma y constitución del átomo físico y del maravilloso ordenado arreglo conque está agrupado en diversas moléculas químicas; todo lo dicho permanece por completo invariable.

Ni tampoco se introduce ningún cambio respecto de las tres Encarnaciones del Logos, ni de la maravillosa facilidad con que moldean la materia de los diversos planos, construyendo formas para el uso de la vida que se desarrolla. Pero si deseamos obtener una verdadera opinión acerca de las realidades en que se fundamenta la manifestación de este universo, debemos cambiar en gran parte nuestro concepto ordinario respecto de lo que esta materia es en esencia. En lugar de suponer sus últimos constituyentes como puntos sólidos flotando en un vacío, tenemos que comprender que el mismo aparente vacío es lo sólido y que los puntos son burbujas en el mismo. Una vez esto comprendido, todo lo demás queda como antes. La situación relativa de lo que hemos llamado hasta ahora materia y fuerza continua siendo la misma para nosotros, solamente que en un examen más minucioso ambos conceptos resultan ser variantes de fuerza, siendo la una el alma de las combinaciones de la otra, y la verdadera «materia», el Koilon, se ve que es algo que hasta ahora ha estado por completo fuera de nuestros esquemas mentales.

En vista de esta maravillosa distribución de Sí Mismo en el

«espacio», el concepto familiar del «sacrificio del Logos» presenta mayor profundidad y esplendor; esta es Su «muerte en la materia», Su «perpetuo sacrificio», y puede que sea la misma gloria del Logos el poder llevar su sacrificio al máximo compenetrando y uniéndose íntimamente así con esa parte del Koilon que ha escogido como campo de Su universo.

Lo que el Koilon puede ser, cual es su origen, si es transformado por el Aliento Divino que se derrama en su seno—si el «Oscuro Espacio» se convierte así en el «Brillante Espacio» al principio de una manifestación—estas son cuestiones á las que al presente no podemos ni tan siquiera indicar una contestación. Quizás un estudio inteligente de las grandes Escrituras del mundo pudiera dar alguna luz.

Annie BESANT

C. W. Leadbeater.

DISCURSO

LEÍDO EL DÍA 14 DE NOVIEMBRE DE 1908

EN EL ACTO INAUGURAL

DE LA

BIBLIOTECA TEOSÓFICA

CON EXTENSIÓN ENCICLOPÉDICA

ESTABLECIDA EN BARCELONA POR LA RAMA «ARJUNA»

DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

SEÑORES: Siempre es grato para los hombres de buena voluntad ver cómo se concretan sus ideas en hechos, cristalizan en posibilidades sus aspiraciones y se convierten en realidad sus posibilidades. Así es que, al inaugurar esta Biblioteca Teosófica, este centro de comunidad intelectual en donde la generación presente se ponga al habla con las pasadas y prepare el alimento mental de las futuras, los miembros de la Rama Arjuna experimentamos la satisfacción del deber cumplido, viendo cómo en ésta para nosotros memorable noche el resultado ha correspondido al esfuerzo, y la esperanza augura consoladoras promesas para el porvenir.

Porque, señores, la Sociedad Teosófica, una de cuyas numerosas Ramas es la que con asiento en el corazón de Barcelona alienta en el de cada uno de sus miembros, no está formada por mera lista de nombres, sino constituída por estrecha hermandad de hombres que, sin

distinción de sexo, ni clase, ni raza, ni creencia, aunan sus esfuerzos y enfocan sus propósitos al noble fin de impeler el progreso de la especie humana en su peregrinación sobre la Tierra. No brinda la Sociedad Teosófica ventajas materiales ni ofrece ocasión alguna de medro personal, porque su imperio no es de este mundo, aunque en él tenga su raíz y su campo de acción. Su objeto se aparta de cuanto es cebo para las pasiones y apetito para los sentidos, pues poniendo su mira en el primario origen y en el destino final del hombre, va derechamente al logro de la fraternidad universal, de la instauración del reinado del amor entre todos los séres, convencida de que, aunque quienes en el suelo clavan los ojos sin levantarlos jamás al cielo repugnen por utópica tan generosa aspiración, ha de llegar irremediablemente la plenitud de los tiempos en que se realice la unidad humana, en que tódas las religiones, todas las sectas, filosofías y sistemas cuya recíproca lucha salpicó el planeta con la sangre derramada por el odio, se armonicen en admirable síntesis y revelen la verdad única, indivisible é inmutable, hoy velada todavía por deficiencias de expresión y alucinaciones de concepto.

Esta sintética verdad, que como hilo de oro engarza las creencias al parecer más contradictorias, constituye el núcleo permanente de la Sabiduría divina, de la Teosofía.

No es la Teosofía una nueva religión, ni una recién forjada creencia, ni una moderna filosofía que venga á recrudecer las disputas de los hombres. Por el contrario, es tan antigua como la luz, y resurge á la vida intelectual para apaciguarias, para demostrar á los creyentes, á los sabios, á los filósofos, á los pensadores, que sólo están en posesión de una parte de la verdad y no es bien tildar de error las demás porciones ó aspectos que todavía no han logrado poseer; para demostrarles que sus discusiones y contiendas dimanan de la palabra, no del concepto; de la forma, no de la esencia; de la expresión y no del pensamiento.

Lejos de nosotros, sin embargo, la petulancia de erigirnos en definidores de la verdad ó en pontífices infalibles de dogmas filosóficos; y mucho más lejos aún de fulminar anatemas contra quienes impugnen nuestras enseñanzas ó disientan de nuestras opiniones. Fuera negar nuestra afirmación teosófica, convertirnos en una secta más de las innumerables que conturban los entendimientos, y abrir una solitaria ermita de encrucijada en vez de un templo en donde quepan todos los cultos. La Sociedad Teosófica no tiene la presunción de monopolizar la verdad. Le basta con proclamarla y exponerla para que sin imposiciones dogmáticas sea asequible al entendimiento por espontánea determinación de quien la oiga, estudie y compulse. Así es que, fortificada en sus posiciones y segura del triunfo definitivo de la verdad, á pesar de sus aparentes y transitorios eclipses, la Sociedad Teosófica á

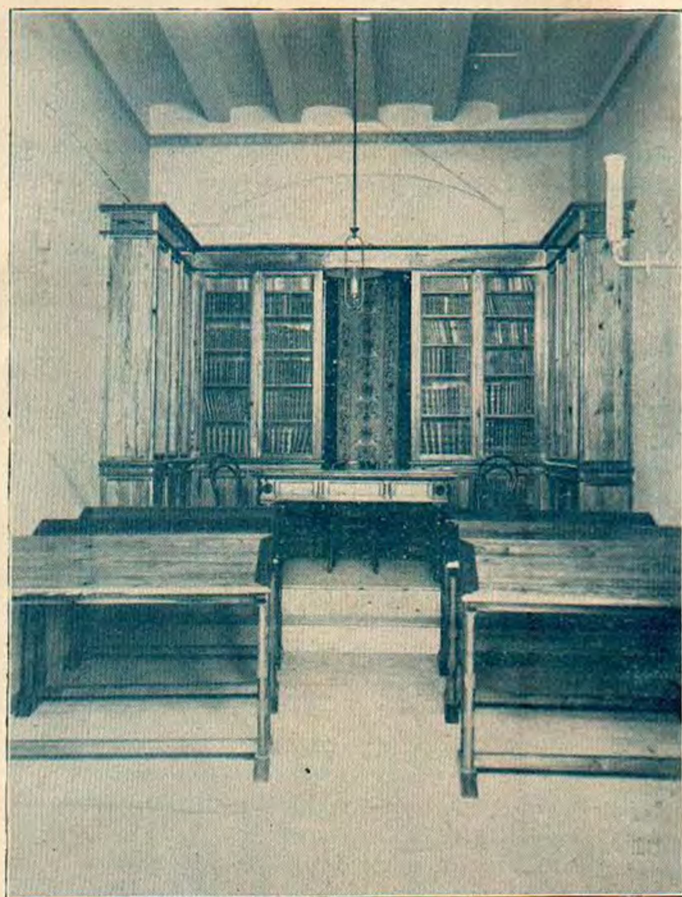
todos advierte y á nadie llama, á todos toca y á nadie empuja, á todos abraza y á nadie retiene. Quien tenga ojos, vea; y quien oídos, oiga.

Pero no hubiera cumplido la Rama Arjuna el imperioso deber en que como parte integrante de la Sociedad Teosófica está de contribuir al progreso de la raza humana si, recluída egoístamente en su recinto y cerrándolo con piedra y lodo á toda aspiración del exterior venida, hubiese desperdiciado sus energías mentales en áridas especulaciones sin eficacia alguna en la vida social.

Convencidos de que todos somos copartícipes del patrimonio intelectual de la humanidad, nos resolvimos á fundar esta Biblioteca, que si bien modesta y humilde por sus condiciones intrínsecas, abre de par en par sus puertas á los hombres que por individual esfuerzo quieran hallar el punto equidistante de los extremos en donde la lejanía desfigura los contornos de la verdad. No es preciso recurrir á la lógica para evidenciar la capitalísima importancia de la lectura como medio de perfeccionamiento intelectual. Son las páginas del libro á manera de placas ideográficas que nos ponen en instantánea comunicación de pensamiento con los sabios de todas épocas y países, dándonos posesión de la herencia que nos legaron los antepasados y que, acrecida con nuestro caudal, hemos de transmitir á los descendientes. Por la lectura acompañamos paso á paso la evolución intelectual de la humanidad, convenciéndonos de que no sigue su curso en inflexible recta, sino en espiral ascendente que, sin perjuicio de la continuidad peculiar de toda línea, ensancha á cada espira su campo de acción, en el que se cobija permanentemente el punto inicial de la partida. De la lectura inferimos la unidad de pensamiento que á través de los siglos perdura entre la incesante variedad de interpretaciones, y vemos que las ideas de ayer reaparecen hoy vestidas de nuevas formas, perpetuando las mismas verdades fundamentales bajo diferentes credos, sistemas y doctrinas.

Pero si la lectura, sobre todo si es comparada, basta por sí sola para ponernos en el sendero que á la verdad conduce, preciso es que en su posesión nos confirme la lectura comentada que, mediante serenas y razonadas controversias, resuelva los enigmas, aclare las dudas, desvanezca las dificultades y redarguya victoriosamente las objeciones. Sólo así es posible leer con fruto y asimilarse provechosamente las ideas del libro; sólo así, á copia de tiempo y de trabajo, podrá el lector convertirse en estudiante y adquirir cada vez más amplios y profundos conocimientos que le alleguen un peculio intelectual como resultado de su propio esfuerzo. La verdad iluminará su mente con internos rayos y tendrá el convencimiento individual de lo aprendido, no porque se lo dijeron ó se lo enseñaron, sino por íntimo asenso de la verdad conquistada.

El libre ejercicio y la noble aplicación de sus facultades es uno de



BIBLIOTECA TEOSÓFICA

CON EXTENSIÓN ENCICLOPÉDICA

PÚBLICA Y GRATUITA

Fundada por «RAMA ARJUNA», de Barcelona, de la SOCIEDAD TEOSÓFICA

Abierta al público el 14 de Noviembre de 1908.

los capitales deberes del hombre. Todos tenemos la obligación de pensar por nuestra cuenta, de no someternos al juicio ajeno, pues precisamente para ser responsables hemos de ser libres; pero también estamos obligados á respetar las opiniones contrarias y no cerrarnos jamás por demasías de amor propio á la razón del adversario.

La lectura es un excelente medio de confrontación de ideas, y á fin de facilitarla no hemos expulsado de esta Biblioteca ningún matiz honesto del pensamiento humano, ni siquiera hemos circunscripto el catálogo á obras de pura Teosofía, sino que le hemos dado extensión enciclopédica con el intento de que las innumerables modalidades de la Literatura, la Ciencia y el Arte confirmen con sus analogías y parentescos la inquebrantable unidad de la mente.

Como ampliación de esta obra de cultura que hoy entregamos al cariño de todos, hemos creído oportuno organizar Conferencias semanales que, apartándose de la disertación estéril y del árido monólogo, justifiquen su título y sean instructivas pláticas entre quienes quieran preguntar y sepan responder, teniendo siempre en cuenta que la Ciencia no es tesoro privativo de nadie, sino caudal común á todos los hombres, ya que sabiduría ó ignorancia son términos puramente relativos para el entendimiento. Sólo podemos decir que quien sabe menos es ignorante respecto de quien sabe más en alguna variante de la ciencia humana; pero éste, á su vez, por mucho que sepa, es ignorante en aquellas otras modalidades ó aspectos de la verdad cuya compresión no ha conseguido todavía.

Claro está que deseosos de colmar el abismo abierto por la intolerancia entre hombres de distintas creencias, hemos de recibir con cariñoso afecto y abrazar con amorosa terneza á cuantos se hallen animados del sentimiento de fraternidad que nos mueve á fundar este centro de cultura. Entre hombres afanosos de inquirir la verdad para proclamarla si se creen poseedores de ella, pueden caber serenas discusiones, pero jamás agrias disputas ni mucho menos rencorosos odios. Con la dialéctica por escudo y la razón por armadura, podemos todos combatir lealmente en defensa de la verdad, que ha de ser la única dama de nuestros pensamientos. Los anaqueles de esta Biblioteca incipiente nos servirán de arsenal para pertrecharnos, siendo los libros nuestros escuderos en el torneo y nuestros confidentes en la pacífica contienda.

Para abarcar y comprender el Universo recibió el hombre la mente que le caracteriza y distingue de los demás séres de la Creación. Por eso los libros, como hijos de la mente, dilatan los horizontes de la comprensión, abren nuevas sendas al paso de la inteligencia, iluminan con más brillante luz nuestros caminos, y cual el telescopio nuevos mundos en los espacios sidéreos, descubren en el cielo del pensamiento humano nuevos mundos de ideas cuya magnitud anonada los pre-

*

juicios y errores en que por mezquindad de criterio languidecía la mente.

En el universo intelectual hay infinitos sistemas ideológicos, de la propia suerte que en el Universo cósmico hay innumerables sistemas planetarios; y así como éstos gravitan en torno de sus centros de atracción conservando cada astro su movimiento propio, perfectamente compatible con la armónica dependencia del conjunto que en lo vario establece lo uno, así también cada escuela filosófica, religiosa, científica, artística y literaria forma un sistema mental cuyos mundos son los humanos cerebros atraídos por la pesantez de sus peculiares creencias, pero que no pueden emanciparse de la universal atracción del pensamiento.

Mas, para que la armonía subsista, preciso es que los diversos sistemas mentales se relacionen y comuniquen con recíproca influencia á través del tiempo, como los sistemas siderales se influyen recíprocamente á través del espacio. Los libros establecen esta comunión intelectual con quienes nos precedieron en el incesante rodar de la vida, y las Conferencias docentes las establecerán con nuestros actuales compañeros de peregrinación. Así veremos que, además de las enseñanzas dogmáticas que en la niñez recibimos, aparte del ambiente mental en que vibra nuestro cerebro, hay otras enseñanzas, otros ambientes, otros mundos mentales tan ignorados del común de las gentes como las extrañas tierras lo son del rústico aldeano que jamás traspuso los nativos horizontes.

Aunque las comparaciones entre los individuos sean odiosas, son útiles las que hacemos entre los pueblos, pues por comparación se echan de ver las diferencias que aparentemente los separan y las analogías que realmente los acercan. Todos los pueblos, y aun las diversas regiones de un mismo pueblo, nos deparan en abundancia estos términos de comparación que ofrecen mayor relieve entre las dos grandes síntesis étnicas de la humanidad: el mundo oriental y el mundo occidental; Asia y Europa. El observador superficial que sólo detenga su vista en lo externo, hallará ciertamente radicales diferencias entre la civilización de la que á sí misma se llama la culta Europa y la civilización de la misteriosa Asia, que al vulgo occidental le parece país muerto, tierra desolada, algo así como una porción paralítica del cuerpo del planeta en donde la vida hubiese suspendido sus funciones.

Acaso parezca tal porque en sus legendarias campiñas, teatro un tiempo de épicas hazañas, no resuella la moderna civilización con pulmones de gigante: pero ¡cuán distante de la realidad el juicio que inferimos de la apariencia! Porque preciso es recordarlo. Los orientales rayos del sol naciente doraron la cuna de nuestra raza y en los edénicos valles de la India, en el ingente cinturón de los Himalayas, se pusieron por primera vez al habla de los discípulos de la tierra con los

maestros del cielo. Antes de que los Alpes y los Pirineos le dieran amenidad y relieve, cuando todavía era Europa una desierta planicie huella de hombre, ya florecían en Asia dilatados y poderosos imperios de civilización mucho más esplendorosa que la de hoy en occidente. Así como el paleontólogo reconstruye exactamente los animales prehistóricos guiado por el estudio de los fósiles, así también al toque de los monumentos, de las ruínas, de las inscripciones, de los sepulcros, de cuantas reliquias dejaron esparcidas por el suelo las razas que rodaron por el tiempo, resucita el arqueólogo los pueblos sepultados, las civilizaciones extinguidas, los imperios caídos, las ideas muertas, y al resurgir su espectro apoyado en brazos de la historia, vemos que su espíritu alienta reencarnado en nuestros pueblos y civilizaciones bajo cuyas diversas modalidades perdura el pensamiento colectivo de la humanidad.

También el libro será nuestro guía en esta retrospección intelectual, pues aparte de facilitarnos resumida y concreta la tarea realizada por los arqueólogos, nos dará á conocer las literaturas orientales, ya que las letras son de por sí documentos tan valiosos como las piedras. Y cuando hayáis llevado á cabo este trabajo de comparación mediante el estudio de las literaturas orientales, que es otro de los objetos de la Sociedad Teosófica, echaréis de ver que realmente nada nuevo hay alrededor del sol, que el pensamiento occidental es hijo del pensamiento oriental, que nuestras ciencias, letras, artes, religiones y costumbres, hasta los mismos prejuicios, supersticiones y leyendas populares, todo cuanto jactanciosamente diputamos invención propia, tiene su progenitor y precedente en la remotísima antigüedad. Las civilizaciones se suceden y los acontecimientos se repiten cíclicamente en la eternidad del tiempo y en la inmensidad del espacio. La nación que surge releva como el hijo al padre á la nación que muere; pero aunque la sucesión requiera diversidad, se conserva siempre estrecho y vivo el parentesco intelectual entre los progenitores y los descendientes. Así, el acopio hecho durante su primera juventud por la raza humana, se transfiere de India á Caldea, de Caldea á Persia, de Persia á Egipto, de Egipto á Grecia, y de Grecia á Roma, que como radiante foco difunde su luz por todos los ámbitos de Europa. Así tenemos identidad virtual entre los filósofos hindos y los filósofos helenos; identidad conceptiva entre el Brahmâ de los Vedas, el Logos de Platón y el Verbo del Evangelista. Las cosmogonías, teogonías y teologías aparecen constituídas por unos mismos dogmas fundamentales cubiertos con el velo de diferentes símbolos. Varía el sentido exotérico ó de significación externa, pero es constante é inmutable el sentido esotérico ó de significación interna. Podrán diferir las palabras de los credos, pero no la oculta substancialidad de las creencias. Tal demuestra la Teosofía, y esta demostración ofrecerán los libros de la Biblioteca

Teosófica á cuantos padezcan bajo el ominoso yugo de la duda, del pesimismo y de la incertidumbre.

Pero siendo la Teosofía una síntesis armónica de los conocimientos humanos como reflejado resplandor de la divina sabiduría, no se ciñe á las cuestiones concernientes á la vida espiritual, sino que dilata su influjo á todo cuanto abarca la mente con el elevado fin de inquirir las relaciones entre Dios, la Naturaleza y el Hombre. Tal es otro de los objetos de la Sociedad Teosófica, y por ello los miembros de la rama Arjuna hemos dado extensión enciclopédica á la Biblioteca que hoy inauguramos. Acaso la tendencia de nuestra época á especializar y aun á monografiar las ciencias, se declare contraria á todo estudio enciclopédico; pero si bien la vida de un hombre es demasiado breve en este mundo para abarcar en sus más tenues pormenores cualquier aspecto del saber, también es cierto que las ciencias no constituyen aislados encadenamientos de verdades, sino que todas ellas, aun las en apariencia de más opuesto objeto, están enlazadas por ocultos vínculos que las colocan en dependencia mutua y corroborran de maravillosa manera la inquebrantable unidad del pensamiento humano.

La Teosofía señala estos enlaces y puntos de contacto entre las ciencias, y en ellos se apoya para realizar sintéticamente el esfuerzo que las eleve desde el limitado objeto de progreso material hasta el transcendental concepto de la materia como residencia del espíritu. En su aplicación enciclopédica á las ciencias que abarcan el universo visible, os demostrarán las enseñanzas teosóficas que si la Astronomía estudia física y matemáticamente los globos que pueblan el espacio sin término y las leyes que rigen sus movimientos, hay, no obstante, en el estudio de esta ciencia, algo más que magnitudes, distancias y volúmenes; porque la mente penetra con auxilio de la Teosofía en los abismos cerúleos, y mucho más allá de donde alcanza el más potente telescopio, vislumbra la causa creadora de los mundos, el por qué de su formación, de su existencia y aniquilamiento, la adecuatividad entre la evolución espiritual de los séres y la evolución cósmica de los sistemas siderales. Las enseñanzas teosóficas os demostrarán que la Química no es una estéril enumeración de substancias, ni un juego pueril de laboratorio en que la materia se combina de mil modos ignorados por la misma naturaleza, ni tan siquiera un cuadro sinóptico de las leyes que presiden la transformación de la materia y la conservación de la energía; pues la mente humana, auxiliada por las enseñanzas teosóficas, penetra en las masas de los cuerpos y columbra el movimiento de los átomos tan armónico y preciso en su infinita pequeñez como el de los soles en su inmensa magnitud. Allí descubre con sorpresa que, á pesar de su aparente inercia y de su engañosa insensibilidad, también el reino mineral está regido por la ley suprema del universo, por el amor, que es afinidad en los átomos, atracción en los mundos, fra-

gancia en las flores, zumbido en los insectos, arrullo en las aves, simpatía en los hombres, caridad en los santos y sacrificio en Dios.

De la propia suerte nos demuestran las enseñanzas teosóficas que la Geología no se contrae al árido estudio del origen cósmico de la tierra, ni al relato descriptivo de las faunas, floras y geas que en remotas edades la poblaron; pues también con auxilio de la Teosofía se transporta la mente humana á las lejanías del tiempo para ver en las formas extinguidas, en las especies aniquiladas, en los cataclismos geológicos, otros tantos peldaños de la prolongadísima escala por donde se elevan las criaturas hasta el solio del Creador.

Pero además de llevar la Teosofía su influjo á las ciencias naturales y de observación, lo extiende también á las morales y políticas, abarcando por igual las escuelas idealistas y positivistas con soluciones armónicas de cuantos problemas preocupan hoy á los moralistas y apesadumbran á los sociólogos.

Uno de los más importantes de entre estos problemas es el que se resuelve en la pacificación de los espíritus y la tranquilidad de las conciencias. No temáis que la Teosofía los soliviante ni las conturbe, porque lejos de extirpar las creencias religiosas, las robustece y confirma; pues aunque sin necesidad de constricciones coercitivas, por la propia virtud de sus enseñanzas, combata la credulidad supersticiosa, el fanatismo sectario y la fe ciega que repugna al divino dote de la razón, es, en cambio, lógico auxiliar de la fe razonada que armoniza en una misma certidumbre las verdades positivas de la ciencia y las verdades metafísicas de la religión. Nadie tema que la Teosofía le arrebate las heredadas creencias ni le descarríe de la grey confesional á que pertenezca. Por el contrario, las enseñanzas teosóficas darán á todos, en proporción á la espiritual capacidad de cada uno, la explicación razonada de los dogmas en que más bien creen por sumisión que por convencimiento, la explicación científica, por decirlo así, de esos dogmas cuyo exotérico enunciado los envuelve en impenetrable misterio, pero cuya teosófica interpretación los presenta al entendimiento del creyente como verdades demostradas. Así la Teosofía, en su acción individual, tiende por una parte á corroborar científicamente todas aquellas creencias que por su índole espiritual y metafísica parecían sublevarse contra la razón, sometiéndose servilmente á la fe; y por otra parte establece el íntimo convencimiento de verdades antes tan sólo presentidas á través de la venda. Esta íntima convicción convierte al fanático en creyente y al sectario en tolerante; infunde respeto á las ajenas creencias que entonces aparecen como distintos rayos de una misma luz, y aliando la razón con la fe, se sirve de ambas como de irresistible par de fuerzas capaces de mudar de asiento las montañas y subvertir el orden material de los mundos. De la fe, así vigorizada, nacen con igual robustez la esperanza y el amor que en el orden individual son

fuentes siempre vivas de que mana la paz interna, y en el orden colectivo son los puentes tendidos por Dios entre las armonías del espíritu y las discordias de la materia.

Sin fe en lo porvenir no tendríamos fuerzas para batallar con lo presente. Sin fe en la existencia ultraterrena no vendría á consolarnos la esperanza, cuando acongojada el alma por las supremas penas de la vida, parece como si el cielo se desplomara sobre nuestras cabezas para aplastarnos, y bajo nuestros pies se abriera la tierra para engullirnos. Sólo el que cree porque sabe, y sabe porque conoce, está en disposición espiritual de esperar en Dios y de amar al prójimo, porque ni ama ni espera y sí tan sólo teme al que, ofuscado por las siniestras sombras de la superstición y el fanatismo, se encierra en el egoísta anhelo de conseguir una ilusoria salvación personal, aun á trueque de que la humanidad entera se pierda y se condene.

La Teosofía demuestra á los creyentes, con los mismos argumentos de su particular religión, que no deben restringir la vida espiritual á los menguados límites de la personalidad, sino que es preciso vivificar la fe con obras, para que por ellas hallen en nosotros consuelo los tristes, refugio los perseguidos, alivio los apenados, descanso los jadeantes, refrigerio los sedientos y vida los moribundos. La fe es ciertamente el cimiento de la religión, pero el amor es la fuerza de gravedad en que el cimiento se sostiene, pues sin amor toda religión es falsa. No en balde enseña el Apóstol que la caridad es la verdadera señal del cristiano.

Esta intensa labor de reforma espiritual que la Teosofía cumple en el individuo, forjando el íntimo convencimiento de sus peculiares creencias religiosas ó simplemente filosóficas, es el imprescindible antecedente de aquella otra labor más vasta y extensa que consiste en la espiritual reedificación de las sociedades humanas. Porque conviene advertir, señores, que los individuos son á manera de sillares del edificio social; y así como la solidez de la fábrica requiere que el arquitecto labre previamente las piedras de su sillería, así también el legislador, el sociólogo, el político, necesitan proceder antelativamente á la labra interior de los individuos, á la formación del carácter de las multitudes, al paciente trabajo de educación social que, puliendo la nativa tosquedad del bloque humano, lo predisponga á la ajustada convivencia de quienes con él han de constituir la sociedad. Sin esta labor de que la Teosofía da el método y la traza á cuantos ansíen cumplirla sin abandonar sus respectivas canteras espirituales, no tendrán eficacia las leyes ni autoridad los gobiernos ni éxito los reformadores ni duradera solidez las mudanzas. El progreso humano es la resultante de un sistema dinámico cuyos componentes son las fuerzas individuales. Los nuevos regímenes no triunfan jamás por el ciego impulso de violentas aspiraciones, pues para consolidar su reinado es preciso que la mayor

suma de ciudadanos estén física, intelectual y moralmente dispuestos á sostener con su propio esfuerzo las nuevas instituciones sociales. Cada régimen tiene el deber de preparar el advenimiento del que ha de sucederle en lo futuro y no paralizarse como si se creyera perdurable y eterno. Nada resiste en este mundo de transiciones á la demoledora acción del tiempo, pero nada tampoco se derrumba si no están dispuestos de antemano los materiales para la reedificación. Todo evoluciona por la senda de su perfeccionamiento, pero la marcha será menos penosa si en vez de contrariar la ley la auxiliamos con nuestra obediencia, y previendo el porvenir, empezamos ya á labrar las piedras sobre que ha de fundarse la futura iglesia verdaderamente universal, á sembrar la semilla de la verdad y del bien que para germinar necesita estar regada con la sangre de los mártires y nutrida con la palabra de los confesores. Tal es el fin social á que esta Biblioteca se encamina y el noble objeto de la Sociedad Teosófica á que pertenece la Rama Arjuna bajo cuyo potrocinio se inaugura.

Cúmplenos ahora justificar la sinceridad de nuestros propósitos y el altruísmo de nuestras intenciones, declarando que de ningún modo venimos á establecer una especie de banderín de enganche ó de caja reclutadora en espera de reunir prosélitos apelando á rutinarias propagandas. Ya lo hemos dicho y repetirlo debemos para que no quepa duda en este punto. La Sociedad Teosófica á todos vocea y á nadie llama, á todos toca y á nadie empuja, á todos abraza y á nadie retiene; porque en ella no han lugar la ambición ni el egoísmo ni el ansia de medros personales. El convencimiento, no la curiosidad, ha de ser quien firme la solicitud de ingreso. La labor de la Sociedad Teosófica es el conjunto armónicamente colectivo de la labor de sus miembros, y por ello es preciso que quienes en ella ingresen lo hagan sin excitación extraña, por su propio impulso y libérrima voluntad, ya predispuesta de antemano al sacrificio que es nuestra ley constitucional, el artículo primero y único de nuestros estatutos espirituales.

Pero no creáis que la palabra sacrificio tenga aquí la vulgar acepción equivocadamente admitida en el lenguaje ordinario. Para el hombre que reconoce lo transitorio de esta vida y pone todas sus miras en los mundos superiores, el sacrificio es gozo, deleite, efusión de vida, amor purísimo que todo lo da y entero se entrega sin esperanza de remuneración ni recompensa. Por esto el amor es sacrificio en Dios de cuya vida participamos porque de Él la recibimos. Mas para el hombre que esclavo del egoísmo no ha roto aún las ligaduras que al mundo físico le atan, es el sacrificio dolor, pena, amargura, pesadumbre, retención de vida, porque creyéndose independiente de los demás, todo lo apetece para su personalidad y nada es capaz de dar sino á trueque de superabundante recompensa.

Ya véis, pues, señores, cómo no es posible que la Sociedad Teosó-

fica emplee los acostumbrados procedimientos de propaganda á que recurren las sectas escuelas doctrinarias para acrecer el número sin reparar en la calidad de sus prosélitos. Ya véis cómo en una Sociedad cuya ley es el Sacrificio, la realización práctica del todo para todos y nada para uno, sólo pueden caber entendimientos convencidos y voluntades resueltas á concretar la idea en hecho y el propósito en acción.

Sin embargo, la Sociedad Teosófica no debe de llevar su neutralidad de propaganda hasta el extremo de recatarse en el secreto de sus reuniones. Tiene el deber, que en estos momentos cumple la rama Arjuna, de difundir sus enseñanzas para que prendiendo en mentes y corazones fructifiquen allí como semilla esparcida por el labrador en espera de que por su propia virtualidad germine y brote.

Así, pues, todo hombre, toda mujer que libre de prejuicios sectarios esté ya esforzándose en bien del género humano, pertenece espiritualmente á la Sociedad Teosófica, cualesquiera que sean sus individuales creencias. Porque ilusión es el suponer que un nombre, un credo, una bandera, una institución determinada baste de por sí para la manifestación del pensar y sentir de los hombres que alucinados por tradicionales prejuicios imaginan que su respectiva escuela, iglesia, doctrina ó sistema está en posesión única de la verdad. Consecuencia natural de este profundo error ha sido el recelo, la enemistad y aun el odio que por divergencias de los puntos de mira políticos y religiosos separó á los hombres que sin la limitación derivada de la parcialidad hubiesen podido aunar sus aislados esfuerzos para conocer la verdad, sentir la belleza y realizar el bien.

Abismos abiertos por la ilusión separan á deístas y ateos, católicos y protestantes, judíos y mahometanos, materialistas y espiritualistas, con la paradójica antinomia de que tanto mayor es la intensidad repulsiva de las personas cuanto más afines son las ideas. Pero no obstante las hondas diferencias que la discordia suscitó entre los hombres, hay algo supremo que los une: la común aspiración al perfeccionamiento de la raza, la ardiente sed de verdad que á todos espolea, la esperanza de mejores días en que se consuman los dolores que afligen al mundo. Todos, sin distinción de credo, ni de sexo, ni de color, ni de nacionalidad, ni de idioma, pertenecemos á la especie humana, tenemos el mismo origen y, aunque al parecer distanciados, nos encaminamos en compacta cohorte, como vuelo de aves divinas, á la perfección sin tacha, á la luz sin sombra, á la morada suprema de la perpetua paz.

El insuperable fin que la esperanza vislumbra en la lejanía de los tiempos, bien merece que durante la peregrinación por el desierto depongamos las armas de la ira y enarbolemos el amor esmaltado de tolerancia por enseña de la espiritual solidaridad en que todos podemos

resumir nuestras comunes aspiraciones. Veamos tan sólo disparidad de vibración mental en los infinitos matices que, irisando el cielo del pensamiento humano, integran la verdad, como vemos tan sólo disparidad de vibración lumínica en los colores que integran la nítida blancura de la luz. Esta espiritual solidaridad que os proponemos puede ser la común madre que cobije á todos sus hijos bajo los efluvios de su delicado amor. Para conseguir tan hermoso objeto no se necesita ningún organismo de carácter societario cuyos estatutos, reglamentos, cuotas é inscripciones se conviertan en otros tantos ligámenes de la voluntad. Para solidarizarnos cuantos estemos convencidos de que el odio de la separatividad es muerte y el amor de la unidad es vida, bastan el pensamiento y la acción. Porque de nada servirían los libros de esta Biblioteca, de nada las Conferencias y enseñanzas que aquí se diesen si al conocimiento de la verdad no correspondiese acordemente la práctica del bien por amor al bien mismo, sin esperanza de premio ni temor de castigo. Fácil es la predicación y difícil el ejemplo; pero con el ejemplo hemos de corroborar la predicación, porque cuando el corazón discrepa de los labios y lo que se hace no está conforme con lo que se dice, entonces toma el vicio máscara de virtud, se disfraza el error con el ropaje de la verdad, la mentira se arroja en brazos de la hipocresía y se corrompe la sal que había de preservar la tierra. Mas, si por el contrario, acordamos las voces con las obras, ejercitando la virtud en cuantas ocasiones nos depare la vida cotidiana, entonces quedará espontáneamente constituída la solidaridad espiritual que apetecemos, porque cada uno de nosotros dentro de su credo, de su idea, de su doctrina y de su escuela peculiar será una fuerza que influya poderosamente en su campo de acción, en la intimidad de la familia, en las relaciones del parentesco, en el círculo de las amistades, en el seno de las Asociaciones, doquiera que tenga semejantes en vecindad y cercanía. A todos en mayor ó menor grado nos incumbe esta apostólica tarea de educación moral, pues lo mismo que la madre en el hogar, y el maestro en la escuela y el sacerdote en la iglesia, pueden realizarla el juez en los estrados, el militar en los cuarteles, el médico en los hospitales, el industrial en los talleres, el hacendado en los campos y el hombre bueno y justo en todas partes.

Al desvanecerse la ilusión de separatividad que nos enemista, y al unirnos en hermandad de hombres cuyo lazo sea la común devoción á la verdad y la unánime práctica del bien, no sólo daremos eficacia colectiva á nuestros esfuerzos, sino que redundarán en nuestro individual perfeccionamiento, pues el trato de los sabios y de los buenos acrecentará en nosotros la sabiduría y la bondad.

Esta es la ley del sacrificio á que obedece la Naturaleza, de cuyo unísono concierto hemos de ser armonizadas notas. Sólo del sacrificio individual puede dimanar el beneficio colectivo, y sólo poniendo nues-

tras vibraciones en armonía con el Infinito hallaremos la interna paz, que es la suprema aspiración de todo sér.

Latan rítmicamente nuestros corazones en esta obra de sacrificio; pero al solicitar el concurso de vuestras voluntades para sostenerla, no os pedimos abjuraciones ni apostasías. Permaneciendo fieles á vuestro credo podréis colaborar en la gran empresa de amor y tolerancia que hoy acometemos. Agrupémonos con fraternal concordia en el punto convergente de las innumerables vías que á la meta de nuestra peregrinación conducen, y desde allí vislumbraremos la verdad eterna que todo error desvanece, la perpetua luz que disipa toda sombra, el trono excelso de Quien dió sonrisas al alba, espumas á los mares, matices á las corolas, trinos á las aves y resplandor á los soles. No desmayemos en la porfía, ni desfallezcamos en las contrariedades, ni apetezcamos premios para nuestro esfuerzo, porque á quien con su deber cumple le basta la conciencia del cumplimiento. Unámonos en tan árdua labor cuantos estemos convencidos de que la tierra no es el centro de las almas, y algún día tendremos la inefable dicha de ver que al trabajar en beneficio de los demás hemos trabajado en nuestro propio beneficio, porque la definitiva realidad nos revelará que el «tú» y el «yo», lo «tuyo» y lo «mío», son ilusiones forjadas por el egoísmo de separatividad, nos revelará que todos somos hijos de Dios y que con Dios hemos de unirnos conscientemente en el tiempo y en la eternidad.

F. CLIMENT Y FERRER

La Teosofía en la Ciencia Moderna.

APUNTE

MERECE leerse el trabajo que el ilustre matemático Poincaré consagra á la «Invención matemática» en el último número de Septiembre del *Boletín de la Sociedad Astronómica de Francia*, con destino á la «Sociedad de Investigaciones Psíquicas» del mismo país.

Como si no bastasen ya las investigaciones de este sabio contra las fórmulas matemáticas del gran Laplace, que diesen por definitiva la estabilidad eterna de la Luna en su órbita en torno de la Tierra, siendo así que aquélla habrá de caer al fin sobre ésta, con la que está cósmico-sexualmente conjugada, según se desprende de los estudios de Poincaré, de See y G. H. Darwin, hoy nos descubre aquél, con ingenuidad de hombre de ciencia, al «Ego Superior» del hombre, tras las más excelsas neblinas del Inconsciente spenceriano, y hasta le da este título mismo, asignado hace años por la Teosofía.

Habla el astrónomo filósofo en su trabajo de las innumerables dificultades que precediesen á su investigación de «las funciones fuchtsianas», dentro de la Geometría no Euclidia—aquella Geometría que, como es sabido, comienza asentando un postulado contrario al de Euclides, de admitir que por un punto del plano se puede trazar una paralela á una recta, *y nada más que una*, Geometría, á bien decir, del hiperboloide y el paraboloide—. Relata, decimos, el cómo, tras de cien intentos infructuosos, le asaltara súbita la inspiración cardinal de teoría tan abstrusa, al subir en un carruaje de recreo, y sigue enumerando las facilidades de aquella clave intuitiva, así sugerida por «su Ego Sublimal» que hubo de proporcionársela, hasta conseguir luego por raciocinio traer á la ciencia cuanto tan instantáneamente había intuído.

Por cierto que el teosofista que se tome la molestia de ojear con asiduidad las páginas, luminosas siempre, de la ciencia del Cielo, la ciencia de Urania, suele encontrarse á diario con sorpresas como ésta.

Así, en el número de Agosto de la citada Revista, nos viene otro erudito artículo de Barnard, el gran sondador de los abismos cerúleos con la fotografía, describiéndonos los misteriosos y negrísimos *agujeros* del espacio galáctico, entre el Cefeo y el Cisne, entre las nebulosas de Tauro y junto á *theta* y *ró* de Ophiuco, como asimismo al lado de la *mí* de Scorpio, agujeros tras de los que, digámoslo así, aprecia negativamente nuestro sentido animal de la vista telescópica, algo la gloria del En Soph cabalístico, las Tinieblas del Más Allá Desconocido, Tinieblas que son luz para el Espíritu del hombre cuando logra convencerse de la pobreza y oscuridad, que son la falsa luz de nuestros sentidos.

Si aún queréis más Teosofía, dentro de la todavía naciente ciencia positiva, abrid la misma revista por el número de Mayo ó Junio y os tropezaréis con un fondo nada menos que de Flammarion acerca de los mismos problemas y de las maravillosas alineaciones de estrellas que tanto han intrigado á hombres como Tourner, y acabando el astrónomo francés... por donde Swedenborg, el calumniado místico noruego, empezase: por los Ángeles ó Espíritus Planetarios de las Teogonías, y esto con *sus letras todas*.

Nada de cuanto va apuntado puede sorprendernos, porque, á vuelta de mil infantiles errores de los teosofistas incipientes, como el que esto escribe, y mil críticas ligeras y acerbas por parte de groseros positivistas pseudo-científicos, es lo cierto, y así vamos comprendiéndolo los de uno y otro bando, que la ciencia occidental y la Doctrina Arcáica perdida, cuya resurrección potente empezase con H. P. Blavatsky, dicen fundamentalmente lo mismo, con dos diferencias tan sólo, á saber:

Una, que dentro de la suprema biología del Cosmos y de

cuantas realidades le integran, las cosas, las fuerzas, los objetos todos que nos cercan, no son algo muerto ó inerte, sino algo dotado en grado mayor ó menor del Hálito Supremo de la Vida, y que, por ello, son séres más ó menos elementales, los animales, las plantas, las piedras, las nubes, los astros y las fuerzas de la física, calor, luz, electricidad, magnetismo, etc., etc., como aquella Doctrina enseña.

Otra, que como todo en la Naturaleza supone un algo objetivo, de cuyos elementos se ha formado, cual acontece también, en un grado inferior, en lo físico, todo tiene, no uno, sino siete principios; por ejemplo: la tierra misma, como planeta, tiene una realidad tangible para nuestros sentidos y una vida no menos indiscutible, pero cuenta además con una realidad astral ó del deseo, suma y compendio de todos los deseos de cuantos seres la pueblan; con otra realidad mental, síntesis respectiva de las mentalidades de sus hijos; con un vínculo amoroso que á través de sus luchas une y liga teológicamente á dichos hijos, y con un algo, en fin, supremo, sintético, central y característico, que le asigna su individualidad planetaria, entre los demás planetas sus hermanos, y la finalidad de su destino, entre los soles del firmamento, con aquel «todo conspira», sabio de la escuela griega.

Y si queréis todavía más, leed también, en otro orden de ideas, la brillantísima intuición que sobre el Cerámico, el Acrópolis y otras glorias helénicas incomprendidas, ha publicado en *El Liberal*, de estos dos últimos meses, el notable cronista Gómez Carrillo.

Convengamos, pues, en que el mundo occidental camina derecho hacia su redención por la Teosofía que le resuelve la antinomia entre la Ciencia y la Religión; entre la «doctrina del corazón» y la «doctrina del ojo».

M. ROSO DE LUNA

UN APÓCRIFO DE LA MAGIA

(El libro de San Cipriano).

I

La Magia tiene también sus apócrifos, porque habiendo gozado en otro tiempo de todos los prestigios que merece la verdad, por ser la verdad misma, ha padecido esa terrible enfermedad que conocemos comúnmente como falsificación.

La falsedad se ofrece como una enfermedad parasitaria de

la verdad que ha sufrido una alteración en su exposición, que va dejándolo de ser por olvido, por abandono, y que se extingue como el árbol más frondoso y exuberante por falta de cuidado. Es también la enfermedad propia de toda sistematización científica mal alimentada y nutrida de elementos perniciosos para su conservación y desarrollo.

El caso que me propongo estudiar es por demás interesante y curioso, pues aparte de que señala las relaciones que existen entre lo que se llaman fenómenos religiosos y fenómenos mágicos, es un caso tipo que manifiesta de qué modo se ha efectuado y puede efectuarse en lo futuro la perversión religiosa hasta degenerar en una falsificación hábilmente disimulada. La permanencia, la duración, el crédito que ha gozado y que aún goza el célebre *Libro de San Cipriano* es un objeto digno de estudio como ejemplo de lo dicho, no ya sólo para el estudiante de Ocultismo, sino para todo indagador desinteresado de la verdad, sea cualquiera su credo, su situación, su país y su mismo criterio personal.

El objeto principal, el sujeto mejor dicho de este estudio, no existe, no tiene realidad, y nadie puede vanagloriarse de poseer el famoso *Libro de San Cipriano*. A pesar de esto, las prensas gimen todos los años, y este mismo, sin ir más lejos, se han impreso, que sepamos, dos ediciones del pretendido grimorio; caras, muy caras, naturalmente, porque se hacen casi siempre con el deliberado propósito de estafar y engañar á los incautos. Se trata, desde luego, de una falsedad, de un hecho punible no sólo ya por cualquier Código existente confeccionado para la seguridad de un pueblo, sino por el más alto y elevado Código de la moral, sobre el que se basan cuantos existen y pueden imaginarse.

Si no tuviera una gran importancia este asunto, si no mereciese un reparo con verdadera urgencia, jamás le hubiera consagrado la atención que verá el lector le he dispensado.

El libro atribuído á San Cipriano merece un crédito especial en el Noroeste de España y en más de medio Portugal, entre las gentes sencillas, desde luego. Aquí y allí tiene también un público reducido de curiosos, de intrigados por conocer y por adquirir el libro. Como todos los grimorios y libros mágicos de la Edad Media, promete al público la revelación de grandes misterios, el regalo de poderes y facultades extraordinarias y el

logro, en fin, de la mejor dicha sin grandísimos esfuerzos.

Disputándole sin conocerle, por estas referencias tan exiguas, como obra de brujería y de superstición no deja de ser interesante para un hombre investigador, trate ya cándidamente de adquirir lo que no ha logrado aún, ó trate de examinar en él esa verdad que con tanta frecuencia suele hallarse en muchas supersticiones, que no son tan despreciables como parecen y que se ofrecen como máquinas extraordinarias que por no saber disponerlas para la acción se abandonan por inservibles.

El verdadero *Libro de San Cipriano* no existe ni ha existido jamás, porque el libro no se escribió nunca y porque el que debió escribirlo tampoco existió en tiempo alguno. Dentro de esa falsedad, en la entraña de semejante impostura, hay dos cosas reales, sin embargo: el más remoto ejemplar de la primera falsificación y un hombre, un santo varón acaso, que es tan semejante al que se dice autor del libro en cuestión, como cualquier falsificación moderna del pretendido ejemplar lo es de la primera y original falsedad, que se impuso como auténtica y verídica obra de un santo varón desfigurado.

La simple inspección del *Libro de San Cipriano,* de cualquiera de las copias manuscritas que conservan y no enseñan fácilmente los aldeanos gallegos y portugueses, patentiza sin esfuerzo la falsedad. La cuestión no se resuelve por esto, porque tratándose de un libro ocultista, de un verdadero grimorio que corre de mano en mano, manuscrito, acaso mal copiado, seguramente lleno de faltas, de equivocaciones que no pueden corregirse fácilmente por la naturaleza secreta del mismo, siempre hemos de sospechar para hacer una crítica verdadera y exacta que nos hallamos en presencia de una mala edición de algo verdadero. La tradición afirma de una manera constante la existencia del libro; se le atribuye, además, á una persona respetable, á un santo, y mientras no se demuestre que jamás hubo tal libro y que nadie pudo escribirlo, siempre podremos sospechar que si es falso el ejemplar que tenemos ante los ojos, lo es porque no repite exactamente otro que existió ó que existe en cualquier parte. Quedará negada la autenticidad del libro, pero más afirmada la existencia del que no conocemos y la paternidad que se le atribuye. Lo que nos interesa ya no es afirmar que todos esos ejemplares manuscritos son una falsificacin, sino demostrar que son una impostura, esto es, que jamás hubo tal

libro y que jamás existió un San Cipriano que lo escribiera.

Hace años se dió á la estampa el pretendido *Libro de San Cipriano* por un erudito gallego. Puede verse reproducido en gran parte al final de la obra «*Brujos y astrólogos; de la Inquisición en Galicia y el famoso Libro de San Cipriano.*—La Coruña. Imprenta de *La Voz de Galicia* (1885), de Bernardo Barreiro.» Este señor reconoce naturalmente que «el estilo en que está escrito el llamado *Libro de San Cipriano* no es muy moderno; sencillo y de pluma vulgar é indocta, pero de innegables talentos para este género de literatura popular. En las oraciones y en el método se descubre bien la mano de un clérigo, acostumbrado sin duda á escribir novenas, cuyo caso es también recientísimo» (1).

El espécimen del Sr. Barreiro no es, sin embargo, el pretendido *Libro de San Cipriano,* sino sencillamente una versión española del famoso grimorio francés *Le Dragen Rouge,* como puede comprobarse confrontando los dos textos:

TEXTO DE BARREIRO (CORUÑA, 1885)	«LE DRAGON ROUGE» (NIMES, 1823)
Este gran libro es tan raro y tan buscado en nuestros países, que por su escasez se le puede llamar. ., etc.	Ce grand livre est si rare, si recherché dans nos contrées, que pour sa rareté on le peut appeler..., etc.

El erudito gallego fué sorprendido en su buena fe, ó por falta de diligencia, en lo que creyó sin valor, no reparó en dar por *Libro de San Cipriano* la conocida y popularísima versión del grimorio francés, más general, más conocido en toda la Península que el libro atribuído al santo. La ligereza del erudito se invocará por los que no puedan comprobar el hecho como un firme testimonio para asegurar que casi todos los libros de magia son, como el *Libro de San Cipriano,* un conjunto de estupideces y tonterías confeccionadas con todo el aparato sencillísimo y extravagante que mantiene la credulidad del vulgo.

No ocurre nada de eso.

La verdadera magia jamás ha sido escrita como tal para difusión y conocimiento de todo el mundo. Ha sido siempre un saber enojoso para el vulgo, tan sellado y oculto para él como el saber científico actual lo es para quien no está impuesto en la poesía y la verdad que existe tras la aparente aridez y ocul-

(1) BERNARDO BARREIRO: *Brujas y astrólogos*, etc., pág. 127.

tismo que manifiesta. Una página al azar de cualquier libro de ciencia podría darse á un ignorante como un verdadero grimorio. Sobre una base verídica y de la más alta ciencia se edificaría en seguida, por el deseo de comprenderla, el más disparatado monumento, como lo calificamos de continuo en las primeras interpretaciones de un jeroglífico cualquiera que vamos descifrando poco á poco, tanteando la verdad.

El libro mágico ha sido engendrado de ese modo, como se ha engendrado toda ficción, y ha de generarse toda falsificación posible. La preeminencia de la verdad está en que se pretende falsificarla, en fingirla y en crear constantemente valores que llevan para circular en el mercado el cuño y la apariencia de aquélla. La falsificación de la verdad es el acto de más mala voluntad que puede efectuarse, y la falsedad no sería tan perjudicial por fingir la verdad, ofreciéndose como la verdad misma, como lo es por fingirse y negarse á sí misma para ofrecerse como una verdadera verdad, valga la redundancia. En la falsificación de un hecho hay una afirmación de la verdad que se finge, la atestiguación de un prestigio; pero en la impostura hay una negación absoluta de la verdad al sustraer á la rectificación de la mentira, la verdad que se busca. Se supone una falsedad y se falsifica á su vez de manera que, descubierta la primera que se ofrece, se acepta la segunda como una verdad. La impostura es como una caja, no con un fondo falso, sino con otro fondo disimulado que no sospecha la buena fe de los hombres.

La verdadera impostura es así una sublimidad de la falsedad, y se ha efectuado, por lo tanto, sobre la más noble y elevada manifestación de la verdad. Siendo el saber oculto lo más elevado, la impostura se ha hecho siempre de modo principal sobre el documento sagrado ó el testimonio religioso que ha gozado de la más alta consideración. El pretendido autor ha tenido que ser, naturalmente, suficientemente prestigioso para garantir la falsedad que se imponía, y el medio de imponerla el más noble y elevado que han tenido los hombres para exteriorizar la verdad. La impostura ha encontrado, pues, un camino apropiado para su fin en el saber religioso y en el saber oculto de todos los pueblos. La falsificación religiosa ha podido combatirse por el cuidado de todos los sacerdotes y guardadores de todos los credos; pero ¿se ha encontrado con igual garantía el saber oculto y la doctrina secreta? De ninguna manera. He ahí por qué

principalmente sobre todo ese saber y sobre toda esa enseñanza ha trabajado la obra de los falsarios. La falsificación de la expresión mental en el testimonio escrito es más fácil y de mayor influencia que la de otro testimonio. Muy cercanamente á nosotros la impostura ha podido efectuarse en las demás manifestaciones de la inteligencia. Las estatuas, los dibujos, los monumentos se han falsificado después, cuando se ha falsificado antes la palabra de los hombres y de los dioses.

El prestigio del *Libro de San Cipriano* descansa en su misma naturaleza, en la de ser un libro. La palabra hablada ha valido siempre menos que la palabra escrita, aunque aquélla haya producido siempre mayores y más grandes movimientos. La palabra de los libros se toma, por lo general, como una voz de otro mundo, no como una voz del pasado, sino como una voz presente de un prestigio de otro tiempo. Las grandes predicaciones no se recordarían ya si no fuera por los evangelios, por los discursos que han redactado después los discípulos de los predicadores.

En lo antiguo se concedía el mismo valor á lo escrito que concede actualmente el vulgo á lo impreso, ó á la prueba fotográfica el que ignora todo el arte del fingimiento y del engaño. Los caracteres tipográficos son hoy una garantía para los cándidos y los sencillos; que estuvieran escritos únicamente lo eran para los cándidos y sencillos del pasado. Porque así como fueron como divinos, y lo son todavía para esas gentes los caracteres de imprenta, lo fueron antes los signos manuscritos del pensamiento. Los alfabetos de todos los idiomas primitivos fueron regalo ó invención de los dioses; las letras mismas, cosas divinas y misteriosas, fuentes de ciencia y de salud. Las letras rúnicas se aplicaban en el Norte sobre el cuerpo de los enfermos y los heridos como remedios seguros y eficaces para el mal y el dolor. Una leyenda refiere que el abad Trithemo, cuando niño, no pidió á los ángeles otra cosa más que un alfabeto, y eso le bastó para hacerle religioso y sabio. El arte de la escritura se ha vinculado así á los grandes guías de los pueblos que se ofrecen como los inventores de las letras y de los números: Foi, Adam, Seth, Cadmo, Salomón, etc. Hoy mismo el escritor es considerado en la república de las letras principalmente por lo que tiene de trazador y dibujante de signos.

El libro antiguo es sinónimo de revelación: por eso las grandes figuras del pasado se ofrecen como los primeros autores de la

humanidad. El catálogo de los libros prestigiosos es asombroso, colosal, y falsos aprócrifos ó perdidos alcanzaron la mayor veneración que cabe á un pensamiento que merece respetarse. El Psalmo XCI ha sido atribuído á Adam, su famosa *Apocalipsis* pasó como auténtica hasta los días del Papa Gelasio (492). Seth, Enoen, Matusalem, Noé, Abrahm, el mismo Abel, han pasado muchos siglos como autores de los libros más estupendos y asombrosos. Aun hoy mismo va el nombre de Salomón unido á los más torpes engendros, y no pocos santos pasan como autores y padres de escritos bastante más estúpidos.

La conquista del libro revelador es así uno de los grandes trabajos de los héroes antiguos. Es la misma conquista del saber y de la ciencia que vemos en casi todas las mitologías. La más típica y artística de todas es la leyenda egipcia del libro de Thot. Este libro, que contenía las más grandes revelaciones para dominar la naturaleza, yacía en medio del río Coptos encerrado bajo siete cajas, una de hierro, otra de bronce, otra de cuerno de rinoceronte, otra de marfil, otra de ébano, otra de plata y otra de oro, defendido por un nido de serpientes y escorpiones, y finalmente por una serpiente colosal.

Este libro tan defendido, tan guardado como el saber que se oculta, en el centro del sello de la Sociedad Teosófica, fué conocido de los sacerdotes, y uno de ellos le dijo al Príncipe Pthaneferca, aficionado á resolver enigmas, que existía uno mayor que todos; Pthaneferca le pidió que le dijera donde estaba, y por 100 monedas de plata supo el lugar donde yacía. Pthaneferca logró cogerlo y desencantó la naturaleza, y supo todo, pero Thot se quejó al Sol y se le murió el hijo—Merha—y luego la mujer, Ahura, y finalmente él mismo, llevando el libro atado á la cintura.

Andando el tiempo el Príncipe Setna fué á la tumba de Pthaneferca por el libro; la momia de aquel Príncipe no se lo quiere dar, convienen en jugarlo y lo pierde. Setna entrégase al amor de una cortesana, pierde el juicio y el rey le hace devolver el libro á la momia de Pthaneferca.

La enseñanza moral y oculta que hay aquí es grandísima (1).

El prestigio del libro tiene su leyenda en Roma. Tito Livio (2)

---

(1) J. H. Rosny ha hecho un bonito resumen de esta novela egipcia que publicó con el título de *Tabubu*, en París, 1903. —*Petite Colletion Guillaume. E. Dentu.*

(2) Historias, libro XL, cap. 29.

y Aulo Gelio (1) hacen indicaciones sobre el particular. El primero refiere que Numa fué entendido en los libros sibilinos encontrados por L. Petilio y que fueron quemados por el Senado. Posteriormente una vieja, en tiempo de Tarquino el Soberbio (510 a. J. C.), le ofreció nueve volúmenes. Lo subido del precio imposibilitó la adquisición de ellos, y la anciana, retirándose con ellos, quemó tres, ofreció los seis restantes por el mismo precio, y rehusados también, quemó otros tres. Adquiridos los tres restantes, un cuerpo de sacerdotes se encargó de su custodia, y en tiempo de Sila (86 a. J. C.) había 15 individuos encargados de su estudio y de su custodia.

En la Edad Media, durante la exaltación de la Kábala, el prestigio del libro llega á su colmo á pesar de que la crítica señalaba ya la existencia de las obras apócrifas. El libro oculto produce mil maravillas, y en un pasaje del Talmud jerosolimitano vemos que el rabí Jehoschua ben Chanania se valía del *Libro de la Creación* para hacer milagros.

Este oficio es el que desempeñarán en seguida los famosos grimorios, que por no poderse atribuir á una autoridad remotísima se les atribuirá á los más fácilmente aceptables para el vulgo. Los pontífices tendrán así sus grimorios, lo mismo que los hombres más eminentes en virtud y en saber. El libro de Virgilio Cordobés, que se dice traducido del árabe al latín en 1270 y que se guardaba en la época de Feijóo, (1675-1764) en la biblioteca de la santa iglesia primada de Toledo, es el libro popular en España aceptado con todos sus errores, como el hacer contemporáneos á Séneca y Averroes, y decir que Alejandro quiso conquistar á España, nos libró en cierto modo de sufrir la popularidad del *Enchiridion Leonis papæ* atribuído al Papa León III (795), del *Liber mirabilis* atribuído á San Cesáreo, á quien no hay que confundir con Cesáreo d'Esterbach, demonólogo, y el grimorio del Papa Honorio III (1216): *Honorii papæ adversas Principeus et ejus angeles conjurationes*, conjuración del papa Honorio contra el príncipe de las tinieblas y sus ángeles.

El prestigio del libro oculto ha subido durante la Edad Media y el comienzo de la Moderna, desde la esfera popular á la erudita Es así muy curioso ver cómo han sido acusados de magos y de brujos no pocos pontífices. Silvestre II (999), de quien

(1) Noches áticas, cap. I-19.

se dice que hizo una cabeza de bronce que hablaba, fué acusado de brujo por el Cardenal Benno, Gregorio VI (1044), Gregorio VII (1073) del que se cuenta que sacaba rayos de sus mangas, Benedicto IX (1033), Juan XX (1058) Juan XXII (1316) que se aplicó á la alquimia. Los dos Papas ya citados, León III (795) y Honorio III (1216), y en fin, hasta el mismo Pío IX (1846) que se ha dicho curaba el mal de ojo.

La lista y el catálogo de los obispos, cardenales y abades dedicados á la magia sería interminable. De uno de ellos, el cardenal Wolsey (1475-1530) se cuenta que leía constantemente el libro de Salomón y que poseía un anillo parecido.

Refiriéndose al grimorio del Papa Honorio dice Eliphas Levi (1): «Era el manual de los malos sacerdotes que ejercían la magia negra durante los tristes períodos de la Edad Media.»

Otras personas se dedican al arte igualmente; Barreiro dice: «En muchas ciudades los grandes brujos, los *negrumantes,* ya con algunos puntos de ilustración como el bachiller Patricio Sinot, irlandés, catedrático de retórica de la Universidad compostelana, como el Marqués de Camarasa, D. Juan de Beanmot y como el licenciado Pedro Alonso, abogado de Monterrey (1622, 1623, 1637) *levantan figuras* y hacen horóscopos de las *Efemérides* de Julio Estadio, por los libros supersticiosos de Abraham Abener y por medallas acuñadas con cuadrículas, números y signos cabalísticos, preguntas y respuestas combinadas (2).

Más adelante añade: «Fray Juan de la Vega (1602) confiesa haber hallado otro libro en el convento de San Francisco, de Orense, escrito para la invocación de los espíritus infernales, el cual había usado alguna vez, sospechándose en esto el origen monástico del famoso *Libro de San Cipriano,* compuesto en estos siglos» (3).

La leyenda de San Cipriano únese aquí con la leyenda de Fausto, el inventor de la imprenta que poseía un libro admirablemente escrito. Es verdad que ese libro no tiene nada de extraordinario: es la Biblia, pero en confección material tiene toda la apariencia de algo divino, de algo diabólico, de divino completo. No se sabe qué vale más, si la palabra del Señor ó el arte

(1) *La clef des grandes mystères,* pág. 168, París. Gemer Baillière, 1861.

(2) B. Barreiro, ob. cit. pág. XV.

(3) Idem, pág. XVI.

con que ha copiado el hombre esas palabras. Lo que hay en él lo que conocemos hoy, y lo que acaso hubo antes, no es ó no fué nada extraordinario; lo verdaderamente divino es y fué lo divinamente humano de la transcripción.

El prestigio del libro era, pues, un factor que estaba asegurado. Su mayor ponderación se la darían después la naturaleza especial de su contenido y el prestigio excepcional del autor.

El ambiente, las razones para que triunfase una falsedad hábilmente preparada, está señalado á grandes rasgos en lo que queda consignado. Ahora toca examinar con más detenimiento el autor de la obra y el contenido de la misma.

Rafael URBANO.

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Biblioteca Teosófica. Gracias á los esfuerzos de nuestros amigos de Barcelona, la Sociedad Teosófica ha realizado en dicha capital una de las obras más meritorias y que merecen las simpatías y felicitación de todos los teosofistas y amigos de la enseñanza.

El 14 de Noviembre último, la «Rama Arjuna» de la S. T. inauguró en su local, calle de la Piedad, núm. 10 bajo, una biblioteca pública, no exclusivamente teosófica, sino con extensión enciclopédica, donde pueden consultarse toda clase de obras que, con su estudio ó lectura, pueda servir para el desarrollo intelectual y moral de las gentes.

Este acto, digno de imitarse, reviste gran importancia para todos los miembros de la S. T., dada su índole especial tratándose de algo muy interesante y humanitario, cual es la difusión del saber. La «Rama Arjuna» hizo un llamamiento á todos los hombres de buena voluntad, á todos los que sustentan generosos ideales, y debido á esto contempló cuán esplendoroso resultó el acto de la inauguración de su biblioteca, al cual asistió un numeroso público compuesto por personajes que sustentan distintos ideales y matices en todos los ramos del saber humano.

Dió principio al acto D.ª Carmen Mateos de Maynadé, Presidenta de la «Rama Arjuna», leyendo el interesante é instructivo discurso que verán nuestros lectores en otro lugar de esta

Revista, y que fué recibido con unánimes muestras de aprobación y aun de júbilo.

Seguidamente hizo un breve y elocuente resumen el distinguido escritor D. Federico Climent y Ferrer, también miembro de la misma agrupación teosófica, y que fué asimismo acogido con vivas muestras de adhesión y simpatía por cuantos asistían á la inauguración.

Actualmente consta la biblioteca de unos 1.000 volúmenes, pero su acrecentamiento es constante gracias á los donativos de obras y fondos que para la misma se reciben. El local estará abierto al público todos los días laborables, de seis á ocho de la noche.

Dentro de la modesta extensión con que está decorado el local, reúne las condiciones necesarias para sentir allí el recogimiento y la intimidad que han menester todos los que desean entregarse al estudio y meditación.

La biblioteca estará dirigida por nuestro querido amigo y entusiasta teosofista D. Luis Aguilera, al cual hacemos extensiva nuestra cordial felicitación por el acierto con que ha llevado á cabo la organización de la primera Biblioteca con extensión enciclopédica que la S. T. cuenta en España.

Sólo nos resta hacer notar á todos los miembros de la S. T. este ejemplo de actividad y fecunda labor realizado por la «Rama Arjuna», que aún no cuenta un año de existencia y que hoy es en España modelo de laboriosidad que todos debemos de imitar, haciendo trabajos, si no de esa misma clase, por lo menos de tanta ó mayor importancia.

T.

Muerte de Mrs. Sinnett. El 9 de Noviembre último ha fallecido, después de una larga y penosa enfermedad, la señora Sinnett, esposa del que durante muchos años ha sido Vicepresidente de la S. T.

Para el próximo número. En el número de Enero empezaremos la publicación de la famosa obra de Plutarco, *Isis y Osiris*, de tanta utilidad para los estudios de historia religiosa y para los estudiantes de Teosofía.

El Hilo de Oro. Con este título comenzó el día 23 del pasado su curso de Historia y filosofía religiosa, en el Ateneo de Ma-

drid, nuestro amigo y hermano el Director de SOPHIA, D. Rafael Urbano.

Las tres conferencias explicadas han sido del agrado del docto público que escuchó á nuestro amigo, que vió premiada su labor con los aplausos de la concurrencia.

La novedad y originalidad con que desarrolla nuestro amigo tan interesante tema merece nuestros plácemes.

He aquí el programa del curso, cuyas lecciones públicas pueden oirse todos los lunes, de siete á ocho, en el mencionado centro:

PROGRAMA

I.—EL ORIGEN DEL VALOR

El sentimiento religioso.—La creencia y la fe.—La religión de uno.—La religión de dos.—La religión de la ciudad.

II.—LA IMAGEN DEL PROGRESO

Las primeras nociones.—Animismo.—Fetichismo.—Monoteísmo.—La paradoja del salvaje.

III.—LA FAMILIA SAGRADA

Lo sagrado.—El totem.—El tabú.—Nuestres hermanos menores.—Osmosis y endósmosis psicológica.

IV.—EL SACERDOCIO

Los poderes sagrados.—El padre.—La vestal.—Evolución del sacerdocio y del sacerdote.—Disgregación del sacerdocio. Modificación del consagrado al culto.

V.—EL SACRIFICIO

La comunión con los dioses.—La embriaguez.—La víctima como ministro del sacrificio.

VI.—EL CORAZÓN DESBORDADO

La obra mágica.—La simpatía y la justicia.—La afirmación de todas las apariencias.

VII.—EL DOGMA

La Divinidad.—El Alma.—La inmortalidad.—Los dogmas menores y la conservación de la fe.

VIII.—LA EXPRESIÓN DIVINA

Sobre la piedra sin forma.—Lo monstruoso divino.—Mitología y expresión.—El movimiento.

IX.—EL CULTO

La dignidad de los dioses.—Los caminos hacia Dios.—Nuestra relación con Él.—Los sacrificios interiores.

X.—LA LITURGIA

Condiciones del culto.—El arte.—Las fórmulas del derecho. La vida social.

XI.—EL MISTICISMO

El individuo religioso.—La rebelión y el cisma.—El proble- del yo.

XII.—LOS MÍSTICOS

El problema de la naturaleza.—El ascetismo.—Ascendiendo hacia Dios.—Los místicos de la naturaleza.

XIII.—LA LUCHA INTERIOR

Al lado de lo divino.—El éxtasis.—La paradoja del místico. El misticismo de dos.—El misticismo social.—El fanatismo.

XIV.—EL ESPÍRITU SUBLIME

El entusiasmo de la voluntad.—En la cumbre de la montaña.—La ejemplaridad.—El viaje del que se vuelve.—La proyección del bien.

XV.—LAS SECTAS

El personalismo y la tradición.—La heregía.—La tradición y progreso religiosos en el hereje.

XVI.—LA SUPERSTICIÓN

El saber popular.—Posición del supersticioso en la cultura religiosa.—La ley de la superstición.

XVII.—LA HECHICERÍA

La enfermedad del dominio.—El misticismo popular.—Los tejidos muertos de la creencia.

XVIII.—LAS MALAS HOJAS

Las transformaciones religiosas.—Las ideas sociales y políticas.—El entusiasmo sin causa.

XIX.—DEFINICIÓN DE LA RELIGIÓN

Las definiciones propuestas.—La Religión y la Ciencia. Clasificación de las religiones.—El nacimiento de Dios.—La tolerancia.

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.